

esos pueblos extranjeros, quieren mejor soportar todo eso que las tiránicas violencias de los Romanos... ¿Qué prueba más sensible puede haber de la iniquidad del gobierno que la de ver á hombres que deberían conceptuarse dichosos con el rango que tienen en la sociedad reducidos, por las injusticias irritantes que sufren, á tener que renunciar á su patria y á los derechos de su nacimiento?., (1).

Tal era el estado de las Galias y de la España, según *Salviano*. Y su testimonio no es único (2). Un historiador bizantino nos ha transmitido el interesante relato de la embajada que Teodosio envió á Atila. Los enviados se sorprendieron al encontrar en el acompañamiento del rey de los Hunos á un hombre que hablaba el griego: era un ciudadano del imperio que se había hecho Bárbaro, el cual les confesó que prefería infinitamente la vida que pasaba entre los Bárbaros á la que había pasado como súbdito de los emperadores. Y téngase en cuenta que aquellos Bárbaros eran los Hunos, los más feroces de los pueblos Tártaros, ¡el terror de las poblaciones! "Entre los Hunos, decía él, los trabajos de la guerra son los únicos que hay que soportar; aparte de esto, se goza de la vida sin cuidados y sin disgustos. Entre los Romanos, no solamente se sufren los males de la guerra por la cobardía y la incapacidad de los generales y por el desenfreño de los soldados, sino que las exacciones de los magistrados durante la paz son mil veces más terribles que las calamidades de la guerra.", (3). Las leyes mismas comprueban el triste estado del imperio. Ya hemos dicho en otro lugar cuál era la condición de los magistrados y los jefes de las ciudades, y de qué manera procuraban evadirse de los cargos y honores que los encadenaban (4). En su desesperación, los Romanos llamaron á los Bárbaros como libertadores; y no bastando las penas ordinarias para contener aquella defección, una ley decretó la pena del fuego con-

(1) SALVIAN., *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 107 y siguientes.

(2) En el Panegirico de JULIANO se lee (BOUQUET, *Recopilación de los historiadores*, t. 1, p. 721): Las comarcas de las Galias, que habían logrado muchas veces escapar á las invasiones de los Bárbaros, se veían infestadas por infames ladrones con el nombre de jueces. Hombres libres eran sometidos al tormento, y nadie absolutamente se hallaba exento de sus ultrajes: de forma que los infelices ciudadanos deseaban la llegada de los Bárbaros, y preferían á tantos males la cautividad.— Véase á LAHUREAU, *Histor. de las Instituciones meroving.*, p. 120-150.

(3) *Excerpt. de Prisci histor.*, p. 191, ed. de Bonn.

(4) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

tra los que abriesen la frontera á los enemigos (1).

La historia puede, pues, decir, con *Salviano*, que la invasión de los Bárbaros fué un beneficio hasta para los contemporáneos. Sin duda alguna que hubo desastres, ruinas, víctimas; el historiador, en sus reflexiones filosóficas, no debe cerrar su corazón á los gemidos de las poblaciones que perecieron al hierro de los Bárbaros, y debe lamentar la pérdida de los monumentos de una civilización que se desploma; pero también debe dirigir sus miradas más allá de los males de actualidad. De ese modo podrá ver, en medio de los escombros del antiguo mundo, los gérmenes de una nueva sociedad mucho mejor que la que ve desaparecer. Los Germanos, después de haber destruido, van á reconstruir. Sus primeros pasos en la civilización tienen todavía el sabor de la barbarie; pero las sociedades que salgan de ese largo trabajo que se llama la Edad Media estarán animadas de una vida fuerte y progresiva. En su marcha hacia la perfección, se verán inspiradas y sostenidas por una religión que estaba hecha para las razas vírgenes de la Germania. El cristianismo se enlaza íntimamente con los Bárbaros; la invasión de éstos es la que le salva del contacto del paganismo: entonces es cuando se consolida, y para demostrar su virtud civilizadora, lleva palabras de humanidad á los vencedores y consuelos de caridad á los vencidos.

§ III.—El cristianismo y la invasión de los Bárbaros.

N.º 1.—El cristianismo y los Bárbaros.

Hemos visto á los Bárbaros en presencia de Roma. Pero había otro elemento en el mundo antiguo, el cristianismo. ¿Cuál fué su misión frente de los conquistadores del imperio? ¿Cuál fué el papel de la religión cristiana durante la invasión?

Se acusa al cristianismo de haber precipitado la ruina de Roma. Desde que los paganos vieron un culto nuevo que se alzaba sobre los escombros de los antiguos altares, comenzaron á imputar á los cristianos todos los males que afligían al imperio, y con más amargura que otros, las invasiones de los Bárbaros y las derrotas de las legiones.

(1) L. 1, *Cod. Theod.*, VII, 1.

Roma, victoriosa bajo el paganismo, declinaba y perecía bajo la dominación de la nueva creencia. Los mismos cristianos estaban espantados de aquella gran catástrofe, y se sorprendían y blasfemaban al ver sucumbir la Ciudad Eterna (1). Esas acusaciones han sido repetidas por los filósofos del siglo XVIII: el cristianismo abría el cielo, dice *Voltaire*, pero perdía el imperio (2).

Los Padres de la Iglesia defendieron ardientemente á los cristianos del cargo de aliados de los Bárbaros. Á instancias de Agustín, escribió *Orosio* su *Historia* para probar que en el mundo habían siempre ocurrido desgracias tan grandes como las de que se quejaban los paganos. Su obra es una enumeración fastidiosa de todas las calamidades, guerras, pestes, hambres, temblores de tierra, tempestades y crímenes, que afligieron al género humano en la antigüedad. La comparación del pasado con el presente ofrece alguna vez al historiador cristiano la sospecha de un progreso; pero esa vislumbre es un relámpago. *Orosio* está dominado por una idea sistemática; su historia es un alegato en favor de los cristianos contra las acusaciones de los paganos, y en su deseo de descargar á la religión cristiana, llega casi hasta negar las calamidades de su tiempo (3).

No seguiremos á *Orosio* en los detalles de su defensa: la justificación es, por lo general, tan poco fundada como el ataque. Tenía *Orosio* una respuesta perentoria que dar á las acusaciones de los paganos: era la de mostrarles, con la historia en la mano, cuál era la verdadera causa de la decadencia de Roma. *Agustín* la descubre en el admirable cuadro de la decrepitud del imperio, en el cual presenta á los señores del mundo gangrenados por el egoísmo y la inmoralidad: "La única cosa que les importa, dice él, es la de acrecentar sus riquezas para aumentar sus profusiones diarias... Los pobres no piden más que una ociosidad tranquila á la sombra de la dependencia de los ricos... Los pueblos aplauden, no á los que cuidan de sus verdaderos intereses, sino á los que proveen á sus placeres... La única libertad que desean es la de que

(1) AUGUST., *de Urbis excidio*, Sermo. § 1: "Mirantur homines, et utinam tantum mirarentur, et non etiam blasphemarent, et cetera."

(2) Esa es también la opinión de J. DE MÜLLER (*Werke*, tomo XXXIII, p. 24 y sig., in-18).

(3) En medio de la invasión de los Bárbaros, celebra los beneficios de la paz romana (III, 8; I, 21).

cada uno pueda á su antojo, en todo lugar y á toda hora del día y de la noche, jugar, beber, vomitar, anegarse en la crápula... La única institución pública por la cual se interesan es la prostitución, son los teatros. Se necesita que las prostitutas abunden en las calles para el placer de los que no tienen medio de mantener una concubina... Los teatros resuenan con los gritos de una algazara impúdica, y palpitan con las emociones de un deleite vergonzoso y cruel... Hé aquí la dicha que ellos piden á sus dioses... ¿Es éste el imperio romano, ó es más bien el palacio de Sardanápalo? (1).

Una sociedad no puede subsistir cuando está corrompida hasta ese punto. Pero ¿cuál era la causa de esa corrupción? El culto de los falsos dioses, dice *Agustín*. Y los Romanos, con gran dolor, exclaman: Pues ¿por qué ha perecido Roma, cuando se ha hecho cristiana? "¿Quién se atreve á dirigir semejante cargo á Dios? responde el santo obispo. ¿Es un cristiano? Pues si lo es, que se diga á sí mismo: Dios lo ha querido... Colocado en el terreno religioso, fácil era al Padre de la Iglesia imponer silencio á las murmuraciones de los fieles: un discípulo de Cristo no se debe preocupar de la tierra, sino del cielo; no se debe decir que Roma ha perecido, porque Roma no son los muros, son los hombres, y los Romanos no han perecido si ellos perseveran en las vías de Dios. ¿Por qué aterrarse por la caída de las ciudades terrestres, cuando subsiste la ciudad santa? En vez de deplorar la muerte, la cautividad, la pérdida de las riquezas, bendigamos esas tribulaciones como una preparación para el reino de Dios (2).

De esta manera, los únicos sentimientos que la ruina de la antigüedad infunde al cristianismo son una sumisión sin límites á las voluntades de Dios, el desprecio de la tierra y el deseo del cielo. Los Padres de la Iglesia no tienen conciencia del vínculo íntimo que existe entre el cristianismo y los Bárbaros; no ven que, en medio de la civilización antigua, la religión de Cristo se hubiera viciado con la corrupción general; que una fe nueva reclamaba razas frescas y puras, y que, lejos de deplorar la caída de Roma, era preciso regocijarse de ella y considerarla como la aurora de un mundo mejor.

(1) AUGUSTIN., *De Civitat. Dei*, II, 20.

(2) AUGUSTIN., *Serm.* 206, § 7; *Serm.* 81, § 9; *Serm.* 105, §§ 8, 9, 11, 13.

Contemporáneos de la invasión, los Padres de la Iglesia no podían penetrar el misterio que ocultaba el porvenir, y, sin embargo, presentían vagamente que la sociedad que se iba no merecía sus lamentos, y que los Bárbaros eran los aliados naturales del cristianismo (1). Recordaban que la capital del mundo había sido como la sentina de la idolatría, y en la caída de Roma veían, al mismo tiempo, la destrucción del paganismo (2).

El cristianismo no llamó a los Bárbaros de la manera que lo han dicho los paganos y los filósofos; pero no tardó en apoyarse en ellos. Otra acusación pesa sobre el cristianismo, la de haber apresurado la decadencia del imperio debilitando la defensa. Ciertamente es que la religión nueva apartó a los hombres de la vida civil; el cielo era la patria verdadera de los cristianos, el único objeto de sus preocupaciones. Los más celosos se retiraban al desierto, y aquellos millares de monjes no daban un defensor al Estado (3). Los mismos que permanecían en el tráfico del mundo se veían inclinados a buscar una protección en las plegarias y oraciones más que en las armas (4). Bajo el punto de vista providencial, se puede decir que el cristianismo era el aliado de los pueblos del Norte. Sin los Bárbaros no habría habido cristianismo, y sin el cristianismo, los Bárbaros hubieran destruido el mundo a cuya regeneración estaban llamados. La invasión no debía ser un diluvio, sino una tempestad que purifica y fertiliza, aun cuando causa destrozos. El cristianismo sirvió de mediador entre los Bárbaros y los Romanos, para inspirar humanidad a los vencedores y para moderar por la caridad las desgracias de los vencidos.

(1) «Los templos de Roma se cubren de polvo, dice SAN JERÓNIMO: en ellos tejen su tela las arañas. El Capitolio de doradas bóvedas está desierto y sucio. El paganismo abandonado llora. Los antiguos dioses de las naciones, encerrados entre paredes, comparten sus duelos con el buho y el mochuelo.»

(2) Ese presentimiento se patentiza desde el siglo III en el poema de *Commodiano* sobre el fin del mundo. Hablando de los Bárbaros que destruirían el imperio, dice:

*Hi tamen gentiles pascunt Christianos ubique
Quos magis ut fratres requirunt gaudii pleni:
Nam luxuriosos et idola vana colentes
Persequuntur enim el senatum sub iugo mittunt.*

(En el *Spicilegium Solesmense*).

(3) GIBBON, *Decadencia del Imperio*, c. 38.—ZOSIM., *Hist.*, v. 23.

(4) Los habitantes de Turin, aterrados por la aproximación de los Bárbaros, trataban de huir. SAN MÁXIMO, obispo de la diócesis, los aparta de ese propósito: «Que corrijan sus costumbres, les dice, y encontrarán en Dios un protector que les pondrá al abrigo de los insultos del enemigo. *El ayuno nos defenderá mejor que las murallas, la oración irá más lejos que las flechas*» (véase en SAN AMBROSIO, *Apóstolice* del t. I).

N.º 2.—El cristianismo durante la invasión.

Los cristianos se consideraban extranjeros en este mundo, complaciéndose en retirarse a las soledades, abandonando la sociedad al César. Era tal vez aquel el único papel posible para la religión bajo el despotismo imperial. Pero hé aquí que llegan los Bárbaros y no respetan ni aun los asilos de los cristianos: «Obispos arrojados de las cárceles, dice *Jerónimo*, sacerdotes y clérigos degollados, iglesias desmanteladas ó convertidas en cuerdas, hé aquí lo que hemos presenciado: el mundo se desploma» (1). La ruda mano de los Bárbaros trajo a los cristianos a la vida activa. Los pueblos, abandonados por los Césares, no encontraban más apoyo que en la Iglesia, y los obispos fueron los que defendieron las poblaciones contra los conquistadores. Esa lucha de algunos hombres, que no tenían más armas que una cruz, contra los terribles guerreros del Norte revela un poder nuevo. En la antigüedad, la fuerza bruta domina; desde el principio del mundo moderno, el espíritu propende a dominar la fuerza.

Rafael ha eternizado la memoria del papa Leon deteniendo a Atila. El rey de los Hunos llega a las puertas de Roma, cuando el pontífice se presenta en su campamento y le inclina a la paz. Interrogado Atila por qué había mostrado tan gran respeto a un sacerdote, se dice que respondió que al lado del papa estaba otro hombre de pie, con hábitos sacerdotales, de alta estatura y de brillante cabellera, y que aquel hombre, que tenía en su mano una espada desnuda, le había amenazado con la muerte (2). Leon demostró el mismo ánimo cuando la invasión de los Vándalos: a la cabeza de su clero se presentó ante el feroz Genserico; cierto que no pudo impedir el saqueo de la ciudad, pero obtuvo del vencedor que prohibiese los incendios y que perdonase a los ciudadanos desarmados. Roma

(1) JERÓNIMO, *Op.*, t. IV, P. II, p. 271.

(2) BARONIO sostiene audazmente la verdad de la aparición (*Annal. ad a. 452*, §§ 57 y sig.). Un pasaje de JORNANDES (c. 42) explica el origen de la leyenda. Roma había sido tomada por Alarico, y éste había sobrevivido muy poco al saqueo de la Ciudad Eterna. Los amigos de Atila le infundieron recelos de sufrir igual suerte, si entraba en ella. El historiador PRISCO dice que aquellos recelos y amonestaciones decidieron a Atila a retirarse. Y en tal disposición de ánimo, nada más fácil que el que causara impresión en él la súplica y el consejo del papa Leon.

pagana había mostrado un soberbio desprecio a los Bárbaros, el espectáculo de cuyas agonías en el circo la sirvió mucho tiempo de diversion. La hora de la venganza había llegado; cada día una nueva raza de Bárbaros se presentaba ante las puertas de la Ciudad Eterna: los últimos y los más feroces de todos fueron los Lombardos. El mundo romano se hallaba debilitado hasta tal punto, que un papa, Gregorio el Grande, tuvo que excitar a los Italianos a defender sus ciudades y sus altares. Y si no llegó a librar la Italia de los Bárbaros, logró, por lo ménos, ladear la espada de los conquistadores suspendida sobre Roma.

Las provincias, atropelladas sin cesar por los pueblos del Norte, pedían a cada paso la intervención pacífica de los obispos. Algunos de ellos encontraron muerte gloriosa al afrontar el furor de los Bárbaros, todavía paganos y poco sensibles a un género de exhortación que no comprendían (1). Pero su denuedo impuso muchas veces al vencedor; los Bárbaros estaban admirados de verse contenidos por aquellos ancianos que pasaban de las súplicas a las órdenes y hasta a las amenazas; admiraban su fortaleza de ánimo, y obedecían algunas veces como niños (2). La invasión de Atila dejó largos recuerdos de terror, y la imaginación de los pueblos reposaba de aquellas escenas de matanza embelleciendo la abnegación y la omnipotencia de sus santos. Santa Genoveva salvó a Paris con sus plegarias. Troyes obtuvo su perdón a virtud de las recomendaciones de San Lupo. Orleans estaba sitiada por los Hunos, y el obispo *Saint-Agnan* envía gentes a las murallas para descubrir a sus libertadores.—No se descubre nada, le dicen.—«Orad, les dice el santo, orad con fe,» y les envía de nuevo a las murallas.—Tampoco se descubre nada.—«Orad, repite el santo, orad con fe,» y por tercera vez los envía a que miren desde lo alto de las torres.—Allá se percibe como una pequeña nube que se levanta de la tierra.—«Ese es el socorro del Señor,» exclama el obispo; y, en efecto, eran Godos y Romanos que venían a liberar la ciudad (3).

(1) Véase el ejemplo de SAN DIDIER, en la *Colec.* de BOUQUET (tomo I, p. 641).

(2) Véase el ejemplo de SAN GERMAN, en la *Colec.* de BOUQUET (t. I, p. 643).

(3) DOM BOUQUET, *Colec.*, t. I, p. 645.—CHATEAUBR., *Estudios históricos*.

Los cristianos no podían rechazar a los Bárbaros con sus oraciones; pero si el cristianismo no detuvo a los Bárbaros, por lo ménos disminuyó los males de la guerra. Un autor contemporáneo de la invasión hizo ya esta observación: en la antigüedad no existía lazo alguno entre los pueblos; el paganismo, en lugar de ser un principio de unión y de caridad, era una fuente de odio y de opresión, mientras que el cristianismo hizo de todos los hombres hermanos. Los Bárbaros, convertidos, sin perjuicio de conservar sus costumbres salvajes, respetaron la cualidad de cristianos en los vencidos (1).

En el siglo V, el derecho de guerra daba todavía al vencedor un poder ilimitado sobre los vencidos. La caridad de los santos suavizó las llagas que no podía prevenir. *San Ambrosio* apela incessantemente a la beneficencia en favor de los prisioneros: «La más meritoria de las buenas obras, dice, es aquella que devuelve a su patria un ciudadano, un hijo a su padre y que salva el pudor de las mujeres.» Hizo fundir los vasos destinados al ministerio de los altares para rescatar a los cautivos; y como los arrianos le hiciesen por ello un cargo, el obispo se justificó ante el pueblo, diciendo: «Más vale conservar almas para Dios que oro, el cual tampoco le fué dado a los apóstoles para predicar el Evangelio. Si la Iglesia tiene oro, no es para atesorarlo, es para repartirlo entre los necesitados.»

Las incursiones repetidas de los Bárbaros desolaron la Italia en la última mitad del siglo V; fué necesaria una caridad llevada hasta el heroísmo para suavizar algún tanto aquellos sufrimientos. *San Epifanio* estuvo a la altura de su misión. Cuando Odoacro se puso a la cabeza de las bandas de mercenarios que recorrían la Italia, el santo obispo obtuvo, por medio de sus ruegos, la libertad de un gran número de cautivos. Saqueada é incendiada Pavia, fué reedificada por Epifanio, sin contar, dice *Fleury*, con otros recursos que los de la Providencia. La invasión de Teodorico puso a la Italia entre dos ejércitos de Bárbaros igualmente formidables. San Epifanio ganó la confianza de los Godos y de los mercenarios. Al verle Teodorico, exclamó: «Hé aquí un hombre que no tiene semejante en todo el Oriente; solamente el verle es una

(1) OROSIO, *Hist.*, v. I, 2.—AUGUST., *De Civit.*, I, 7.

recompensa, vivir con él una seguridad. Los reyes le concedían la libertad de los cautivos, sabiendo que era el único medio de agasajarle (1). En el primer arrebato de la victoria, Teodorico publicó un edicto severo contra todos los partidarios de Odoacro. Epifanio se atrevió a pedir, no solamente por los inocentes, sino por los culpables: "Es una misericordia bien tenue la de no hacer mal á aquellos que no han hecho mal alguno. Jesucristo exige que amemos á nuestros enemigos." Teodorico era digno de oír ese lenguaje, y, en efecto, revocó su edicto. Con motivo de las guerras que se suscitaron entre los Godos y los Bárbaros de las Galias, la Italia, privada de sus labradores, reclamó la intervención poderosa del santo. Epifanio pasó los Alpes para tratar del rescate de los prisioneros que los Borgoñones habían hecho en Italia, y solicitó del rey Gundebaldo la libertad sin rescate: aquel era, decía él, el triunfo más bello para el vencedor. El rey, que había comenzado por exigir el rescate en nombre del derecho que da la guerra, acabó por acceder á la demanda del piadoso embajador, y más de seis mil cautivos fueron puestos gratuitamente en libertad; los demas fueron rescatados por un módico precio (2).

Epifanio encontró un digno émulo en el apóstol de la Nórica. *San Severino* (3) se había retirado á una de aquellas soledades del Oriente que tenían tanto atractivo para las almas contemplativas; pero una irresistible vocación le arrancó de su apacible retiro y le llevó en medio de los Bárbaros del Norte. Se le ofreció un obispado, y le rehusó para entregarse por completo á su misión de caridad. Se estableció en los países del Danubio, asolados por las guerras de Atila y las disensiones sangrientas de sus hijos; había allí un movimiento continuo de pueblos bárbaros, y la devastación, la matanza y

(1) AMBROS., *de Oña.*, II, 15, 28, 71, 23. El mismo rasgo de caridad se refiere de SAN CESARRO.—*Act. Benedict.*, t. I, p. 659 y siguientes.—*Biblioth. Maxim. Patrum*, tomo IX, página 383 y siguientes.

(2) ENNODIUS, *Vita S. Severini*, p. 389-391.

(3) Véase sobre SAN SEVERINO, su vida por EUGIPIO, en los *Bollandistas*, Enero, t. I, p. 483 y sig.—NEANDER, *Hist. de la Religión cristiana*, t. III, p. 43 y siguientes.

la cautividad eran acontecimientos diarios. *Severino* fortaleció el ánimo de los vencidos, y el hombre de paz se mostró más fuerte que los guerreros (1). Á su vista, los Bárbaros experimentaban un sentimiento de respeto mezclado de terror, y el santo usaba de su ascendiente para obtener de ellos la liberación de los cautivos. Pero el rescate de los prisioneros era el menor de los actos de caridad de *Severino*. En el tiempo de grandes calamidades, lo que más suele faltar á los hombres es la fuerza moral. El apóstol de la Nórica enseñó á los vencidos á soportar las privaciones de una vida de miserias imponiéndoselas á sí mismo, pues, habiendo nacido bajo el ardiente sol del Mediodía, caminaba con los pies desnudos en medio de los inviernos rigurosos del Norte y cuando atravesaban los carros por medio del Danubio helado. Aquella dura existencia no le hizo insensible á los padecimientos de los demas, y sufría hambre y frío cuando veía á los pobres á quienes faltaba lo necesario: él mismo iba distribuyéndoles pan y vestidos, y al mismo tiempo daba á aquellos desgraciados un alimento no ménos indispensable, elevando sus almas hácia Dios. Su caridad era tan profunda, que venció al más cruel de los sentimientos, el egoísmo, fruto de las desdichas: los pobres se quitaban el pan de la boca para dárselo á otros más miserables.

Los pueblos del Norte son dueños del imperio; se abre una edad de barbarie. En medio de aquella disolución universal era necesaria una fuerza capaz de domeñar moralmente á los conquistadores. La religión que predicaba y practicaba la caridad, la abnegación y el sacrificio, era digna de imponer su ley á los rudos Germanos.

(1) Los Bárbaros habían saqueado las campiñas y llevado cautiva toda su población, y un clamor general de las poblaciones inmediatas llegó al santo. *SEVERINO* pregunta al jefe de un destacamento romano si tiene fuerzas suficientes para perseguir á los Bárbaros. «Si nos auxiliáis con vuestras oraciones, contesta el capitán, no vacilarémos en acometer á los enemigos.—El apóstol alienta á la pequeña columna y le recomienda que lleve á su presencia los prisioneros bárbaros. Los Romanos vencen. San Severino desata á los prisioneros, les reparte víveres, y les pone en libertad diciéndoles: «Contad á vuestros jefes lo que habeis presenciado; que no vuelvan á nuestras comarcas, porque no escaparían entonces á la cólera divina. Dios combate por sus defensores.» (EUGIPIO, § 27).

CAPÍTULO IV.

LA CONQUISTA.

§ I.—Los conquistadores.

Los Bárbaros que invadieron la Europa en los primeros siglos de la era cristiana no eran todos de la misma raza. Los que formaban la masa de los conquistadores eran los Germanos; y éstos fueron los que fundaron el nuevo orden de cosas, del cual procede la Edad Media. No nacieron, sin embargo, viables todos los Estados que creó la conquista. La religión desempeñó un papel importante en los establecimientos de los Bárbaros: las tribus afiliadas al arrianismo desaparecieron, y solamente llegaron á fundar monarquías durables los pueblos convertidos al catolicismo.

Los Tártaros, pueblos pastores, no tenían otra ambición que la de saquear, devastar y destruir; sus conquistas fueron efímeras. Si hubieran llegado á establecerse en Europa, hubieran convertido la Italia, las Galias y la España en un remedo de las estepas del Asia, donde ninguna roturación, ningún cerramiento, ningún vestigio de trabajo humano detiene la carrera de sus caballos.

Los Eslavos difieren, al mismo tiempo que de las poblaciones guerreras de la Germania, de las nómadas de la Tartaria. Esencialmente agriculto-

res, sus pacíficas tendencias les colocan fuera de las sangrientas convulsiones con que se abre la Edad Media; tomaron muy poca parte en la invasión, y sólo en los tiempos modernos es cuando han aparecido en la escena.

N.º 1.—Los Tártaros.—Atila.—Batalla de Chalons.

Bajo el mando de Atila, los Tártaros se hacen dueños del imperio; pero la Europa coaligada los rechaza á las estepas del Asia. Se repiten sus invasiones en la Edad Media y llenan de espanto al mundo entero; amenazan á la vez á la China y la Alemania; pero la ola bárbara se retira de nuevo sin que llegue á romper la cristiandad. Hasta hoy la raza tártara se ha mostrado incompatible con el genio europeo; no tiene la fuerza civilizadora que distingue á los Germanos, y su barbarie parece invencible. "Abandonados al instinto de los brutos, dice un historiador contemporáneo á la invasión de los Hunos, ignoran lo que es honesto ó deshonesto. Libres del yugo de toda religión, ningún respe-